

NOTAS

El exotismo polinesio en Chile y Argentina

Polynesian exoticism in Chile and Argentina

JENNIFER CONSTANT^a

^aMinisterio de Educación Nacional, Francia.
jnj.constant@gmail.com

Este estudio analiza las representaciones de la Polinesia en Chile y Argentina, con el propósito de ampliar el interés académico hacia Oceanía, región escasamente abordada en comparación con otras llamadas “regiones periféricas”. La investigación se centra en la Polinesia Francesa, especialmente Tahití, y examina cómo se ha construido su imagen exótica en el imaginario sudamericano. El objetivo es determinar en qué medida esta figura del Otro polinesio refleja o encubre tensiones identitarias propias de América del Sur.

Palabras clave: Polinesia Francesa, exotismo, representaciones culturales, Chile, Argentina.

This study analyzes the representations of Polynesia in Chile and Argentina, aiming to broaden academic interest in Oceania, a region rarely addressed compared to other so-called “peripheral regions.” The research focuses on French Polynesia, particularly Tahiti, and examines how its exotic image has been constructed in the South American imagination. The objective is to determine the extent to which this figure of the Polynesian Other reflects or conceals identity tensions specific to South America.

Keywords: French Polynesia, exoticism, cultural representations, Chile, Argentina.

Desde hace más de una década, las investigaciones sobre las relaciones entre Hispanoamérica y las llamadas regiones periféricas se han multiplicado en diversos campos, desde la historia cultural hasta los estudios poscoloniales. Estos trabajos se centran en su mayoría en África y Asia, mientras que Oceanía sigue siendo en gran medida ignorada – con la notable excepción de la isla de Pascua, abordada frecuentemente a través de su vínculo histórico con Chile. Desde entonces, el imaginario hispanoamericano del Pacífico Sur sigue estando relativamente poco explorado, como si constituyera un punto ciego de las circulaciones culturales transoceánicas. En este estudio, proponemos ampliar el enfoque al conjunto de la Polinesia, un vasto espacio cuyos límites forman un triángulo entre Hawái, la isla de Pascua y Nueva Zelanda. Sin embargo, la inmensidad de este territorio, sumada

a la diversidad de sus culturas, nos lleva a limitar la exploración a la Polinesia Francesa. En América del Sur, esta región evoca un conjunto de imágenes exóticas, en gran parte moldeadas por imaginarios globalizados. Nos centraremos en analizar cómo se ha construido este exotismo polinesio en Chile y Argentina, dos países donde las producciones culturales permiten seguir la evolución de estas representaciones desde el siglo XIX. Relatos de viaje, textos literarios, correspondencia privada y artículos de prensa, entre otros, constituyen así el corpus principal de este estudio.

El estudio del exotismo, en la encrucijada entre la literatura y el imaginario social, forma parte de la “historia de los límites” (Moura 12), es decir, de las fronteras culturales entre el yo y el Otro. Para Victor Segalen, el exotismo nace del “choque de una individualidad fuerte contra una objetividad cuya distancia percibe y saborea” (Segalen 25). Podría resumirse este concepto como un “gusto por los otros”, siempre y cuando esa otredad resulte a la vez atractiva y asimilable. El exotismo lleva en sí una paradoja: se basa en la valorización del Otro, aunque éste sea poco o mal conocido. Según la fórmula de Todorov, se trata de un “elogio en el desconocimiento” (Todorov 306), tras la cual se oculta en realidad una crítica implícita del yo. El exotismo revela así menos al Otro en sí mismo que los imaginarios y las expectativas de quienes lo producen. Desde una perspectiva imagológica, las representaciones no constituyen, por tanto, meros reflejos: obedecen a lógicas de construcción que remiten a determinados imaginarios colectivos.

Analizaremos las representaciones de la Polinesia a la luz de las realidades históricas, sociales y culturales de las sociedades sudamericanas, prestando especial atención a los momentos en que esta construcción exótica se hace más visible, a las formas que adopta en cada periodo y a las funciones que desempeña en los imaginarios sudamericanos. Asimismo, intentaremos comprender a qué distancia del yo se sitúa este Otro polinesio y en qué medida su imagen funciona como revelador – o como pantalla – de las tensiones identitarias propias de América Latina.

EL EXOTISMO COMO EPIFENÓMENO EN EL SIGLO XIX

En las jóvenes repúblicas sudamericanas, el conocimiento de Tahití se basaba esencialmente en los relatos de exploradores europeos como Cook y Bougainville, leídos en su versión francesa. Las representaciones de la Polinesia circulaban principalmente a través de textos e ilustraciones procedentes de Europa. Tahití ya aparecía como un espacio idealizado, asociado con la abundancia natural, la sensualidad y cierta forma de felicidad primitiva.

En Chile, las conexiones con la Polinesia se desarrollaron a partir de la década de 1830, sobre todo debido a la intensificación del tráfico marítimo entre Valparaíso y Papeete. Uno de los primeros relatos de viaje publicados en esa época relataba peripecias en las islas, inscribiendo estos espacios en la clásica dicotomía entre “civilización” y “barbarie”¹.

¹ Fue el relato del belga Juan Francisco Doursther (Doursther).

Sin embargo, no fue sino a partir de la segunda mitad del siglo XIX que comenzaron a aparecer descripciones más sustanciales, principalmente procedentes de marinos chilenos embarcados en el *Esmeralda*, el *Pilcomayo* y el *Baquedano*, y de argentinos en el *Sarmiento*². Estos textos constituían formas tempranas de literatura turística, marcadas por el entusiasmo y el asombro. Todos describían Tahití como un auténtico paraíso terrenal, recurriendo a tópicos tomados de la literatura romántica, en particular a través de las figuras de Loti y Bernardin de Saint-Pierre. Los paisajes tahitianos, con sus montañas, ríos, fauna colorida y flora exuberante, componían un Edén tropical de gran impacto sensorial. Árboles alimenticios como el cocotero o el árbol del pan simbolizaban la abundancia alimentaria, en contraste marcado con la realidad sudamericana, caracterizada por las penurias. El paisaje montañoso, habitualmente asociado a la frialdad y a la hostilidad en el imaginario andino, se convertía en la Polinesia en un objeto de admiración estética. La naturaleza más maravillosa ya no era la de Sudamérica, ensalzada por los románticos bajo la influencia de las imágenes humboldtianas, sino la de la Polinesia, nueva localización del paraíso natural que alguna vez representó el Nuevo Mundo.

Los habitantes también eran objeto de descripciones halagüeñas: hombres y mujeres eran “muy bien hechos y robustos”, de “una extremada limpieza”, “dados a la ociosidad”, “de un genio muy apacible y agradable” (Martija 208). Su modo de vida, marcado por el canto y la danza, era percibido como despreocupado y seductor. Liberados de todo tabú según los relatos, hombres y mujeres se entregaban a la *upa upa*, una danza calificada de “desenfrenada”, antes de concluir sus encuentros en la intimidad de la vegetación (“Viaje de la *Pilcomayo*” 30 jun. 1887). La robustez de los tahitianos contrastaba así con la baja estatura media y las enfermedades que afectaban duramente a la población chilena en aquella época. Por su parte, la evocación de la *upa upa* revela el choque cultural experimentado por turistas procedentes de una sociedad conservadora. No obstante, algunos viajeros veían en ciertas escenas de sociabilidad mixta el atractivo de una sociedad liberada de las restricciones morales y sociales que asociaban con el mundo europeo.

La cálida acogida reservada a los viajeros contribuía a reforzar esas impresiones positivas. Agasajados con banquetes y acompañados en sus recorridos, eran tratados con gran amabilidad, circunstancia que les hacía valorar especialmente su estancia. Frecuentemente recibidos en los círculos de la élite local, gozaban de una hospitalidad refinada y participaban en diversas formas de entretenimiento. El contacto con los autóctonos no suscitaba reticencias; al contrario, estos intercambios daban lugar a amistades y les permitían acceder, mediante la experiencia directa, a ciertos aspectos de la cultura tahitiana. La recepción de la cocina local, en particular, revelaba una sensibilidad específica de los sudamericanos. Un oficial de la marina francesa se mostraba así sorprendido por el entusiasmo de los chilenos

² Los relatos del viaje de la *Esmeralda* a Tahití fueron publicados en *La Patria* en julio de 1877, y luego transcritos íntegramente en la obra de Mikel Martija (Martija). Los del *Pilcomayo* a Nuku Hiva y Tahití aparecieron en el mismo periódico en junio de 1887. *El Pacífico* relató la escala del *Baquedano* en las Marquesas y en Tahití en mayo de 1903, y *El Mercurio de Valparaíso* publicó los relatos de otro viaje en 1908. En cuanto al *Sarmiento*, *El Diario* informó sobre su paso por Tahití en 1901, y *La Nación* publicó, en julio de 1914, el relato de una segunda estancia.

hacia ciertos platos tahitianos, especialmente el pescado crudo, hasta el punto de evocar una supuesta “consanguinidad” con los polinesios (Lafontaine 250).

A partir de estos relatos de viaje, ciertos estereotipos se plasmaron en la pluma de autores nacionales. Así, para Benjamín Vicuña Mackenna, Tahití evocaba imágenes de una “vegetación viva de los trópicos resplandecientes”, de “palmeras esbeltas” o de “arbustos fragantes” (“El baile de la *Magicienne*” 15 mar. 1878). No obstante, la imagen de la Polinesia seguía siendo limitada, máxime si se considera que la literatura no contribuía a desarrollar un imaginario relativo a esta parte del mundo³. Las élites literarias, más orientadas hacia Europa, apenas participaron en la elaboración de un imaginario polinesio estructurado. En el relato del jurista argentino Juan Álvarez, publicado en 1923 a partir de un viaje realizado en 1900, la evocación de Tahití sirvió más como espejo de preocupaciones sociales y políticas que como una verdadera exploración de la alteridad (“Ocios de otras veces” 1 jul. 1923). La Polinesia quedaba así confinada al registro de lo pintoresco o anecdótico, lo que revela la posición periférica que ocupaba en el imaginario erudito y literario de estas sociedades.

EL AUGE DEL EXOTISMO POLINESIO A PARTIR DE LOS AÑOS 1930

Las grandes crisis del primer siglo XX (Primera Guerra Mundial, Gran Depresión) contribuyeron a un cambio en la mirada sudamericana sobre Europa. El pacifismo emergente abrió el camino a la idealización de un “otro lugar” más deseable. Ese anhelo de lejanía venía acompañado de una fascinación por el “salvajismo” polinesio, característico de una sensibilidad primitivista en pleno auge. El escritor argentino Alfredo Guthmann encarnó esta tendencia siguiendo los pasos de Alain Gerbault a bordo de su velero, movido por el deseo de descubrir pueblos que consideraba más cercanos a la naturaleza⁴. Realizó su primera estancia en Tahití entre 1932 y 1933, cuando tenía poco más de veinte años. Allí, Guthmann eligió aislarse, afirmando estar “separado de todos por la distancia, pero sobre todo por el aislamiento moral” (Guthmann 42). Llevó una vida sencilla y decía haber encontrado una profunda felicidad. Sin embargo, sus escritos revelan una postura ambivalente, mezclando fascinación y desprecio, especialmente hacia su compañera tahitiana (Guthmann 66)⁵. La alteridad polinesia aparecía así menos como una realidad por comprender que como una respuesta simbólica a la crisis del mundo occidental.

³ En el Cono Sur, la primera novela cuya acción transcurre en la Polinesia Francesa, – aunque se desarrolla en una isla ficticia – no apareció sino hasta 1924: *Katara*, de Rafael Calzada. El autor cuestionó en ella la idea de la superioridad de la civilización occidental sobre las sociedades llamadas “primitivas”.

⁴ Lo que se sabe de su viaje se encuentra en su correspondencia publicada por su esposa (Guthmann).

⁵ Confesó también en un congreso de antropólogos en 1934 que nunca logró sentir simpatía por los papúes de Nueva Guinea.

La figura de la *vahine* se convertía, al mismo tiempo, en un objeto de fantasía. El cine hollywoodiense fijó la imagen de una polinesia erotizada, encarnada por actrices latinoamericanas como Dolores del Río o María Montez. El mundo de los cabarets prolongó esta representación a través de espectáculos “sicalípticos” popularizados especialmente por la bailarina Tongolele (Pulido Llano), cuyos orígenes tahitianos eran destacados por los medios y cuyas giras por América Latina tuvieron un gran éxito. Así, la figura de la mujer polinesia se inscribía en una circulación visual globalizada, en la que el exotismo se construía como lenguaje del deseo.

El deseo de islas lejanas se acentuaba a medida que la literatura criticaba a la sociedad moderna. En *Tierra de nadie* (1941), de Juan Carlos Onetti, la isla ficticia de Faruru funciona como un horizonte soñado para el personaje de Aránzuru, un ciudadano desencantado. Por su parte, Roberto Arlt representó este escapismo en clave burlesca en su obra de teatro *La isla desierta* (1937), donde empleados que sueñan con partir hacia las islas terminan despedidos, incapaces de afrontar la realidad. A partir de los años 1950, algunos chilenos y argentinos viajaron a Polinesia: Enrique Bunster, Hernán Poblete Varas, Francisco Otta, Jorge Salgado Flores, Ottocar Rosarios. Sus relatos de viaje se inscribían en una tradición exótica, muy marcada por lecturas europeas, y prolongaban la imagen de una Polinesia paradisíaca, en contraste con América Latina, entonces catalogada en el “Tercer Mundo”. La construcción de una imagen idealizada de los lugares y las personas conllevaba una comparación implícita con el propio universo de referencia. En las descripciones de Bunster, esa mirada contrastiva se manifestaba en una idealización de los polinesios acompañada de una fuerte crítica de la comunidad china en Tahití, expresión de prejuicios arraigados en la sociedad chilena desde el siglo XIX. Del mismo modo, la ciudad de Papeete, descrita como ordenada y agradable, contrastaba con las caóticas urbes latinoamericanas. En un plano más amplio, Tahití se configuraba como la tierra de la felicidad absoluta, tal como lo expresaba Bunster:

Sonríe la naturaleza, la gente, el aire. Se vive semidesnudo. Se trabaja apenas y se toca la guitarra a toda hora. No se pagan impuestos. Las casas y las quintas no tienen cercos, y las aves y los cerdos vagan a su gusto y son hoy míos y mañana tuyos. Puertas y ventanas permanecen abiertas, porque nadie le roba a nadie. [...] No es un país serio, y Dios lo bendiga por ello. [...] De todo aquello emanar una bohemia y un encanto indefinible. Por eso le oí decir a nuestro cónsul Carlos García Palacios:

- Se es aquí completamente feliz, y no se sabe decir por qué (Bunster 24-25).

Las costumbres libres de los tahitianos seguían alimentando en los viajeros la imagen de un paraíso terrenal. Su fascinación, lejos de ser neutra, respondía a un efecto de espejo: surgía del contraste con las estrictas normas morales de su propio continente, considerado entonces el más católico del mundo.

En algunos testimonios, esta distancia se atenuaba: la proximidad fenotípica entre polinesios y sudamericanos facilitaba a veces las interacciones, sugiriendo una forma de continuidad cultural: “me observaban de pies a cabeza, se miraban el color de su piel y la comparaban con la mía, que era del mismo color moreno. Desde aquel día llegaba todas las tardes como a mi club [...]” (Salgado Flores 127). Este reconocimiento mutuo introducía así formas puntuales de identificación con el Otro y abría la posibilidad de un verdadero diálogo intercultural, lo que Jean Chesneaux denominó “lo mejor del viaje, su principio mismo: el paso del Yo al Nosotros a través del Otro” (Chesneaux 221).

El exotismo polinesio tuvo ciertos desarrollos literarios, aunque en general permaneció en un plano marginal. La producción sudamericana seguía siendo modesta en comparación con la de Europa o Estados Unidos, que contaban con redes coloniales o conexiones marítimas regulares. El alto costo de los viajes contribuía a mantener esa distancia. En los años 1950-60, sólo algunos chilenos – Enrique Bunster, Carlos García Palacios y Bernardo Subercaseaux – publicaron obras inspiradas en su estancia en Polinesia. En 1960, García Palacios escribió una novela inédita, *Tane api*, centrada en una joven tahitiana enfrentada al abandono por parte de los hombres occidentales. Más conocido, el libro *El trompo* (1963) de Bernardo Subercaseaux, fruto de una estancia de un año en Fakarava, intentó reproducir una experiencia de vida compartida con los polinesios. Pero fue Enrique Bunster quien impuso su pluma como la más influyente. Su colección de cuentos, *Aroma de Polinesia* (1959), se distinguió por una escritura que idealizaba la Polinesia, aunque ello implicaba la presencia de errores y descripciones inexactas. Esta orientación se observa, entre otros, en el cuento “Flor tahitiana”, donde imaginaba a una joven tahitiana que rechazaba casarse con un rico estadounidense, contraviniendo la realidad histórica para ilustrar mejor una moraleja: la indiferencia polinesia ante los atractivos materiales de Occidente. El éxito de la colección, impregnada de una magia tropical, contribuyó a alimentar el imaginario tahitiano en Chile y a reforzar el interés local por ese otro lugar insular.

En la literatura argentina, en cambio, Polinesia fue poco más que un espacio fantaseado. Ricardo Posse se inspiró en ella para su cuento “Tahití estaba lejos”, pero la ausencia de conocimiento concreto del territorio redujo el relato a la expresión de un deseo de evasión insatisfecho, centrado en el sueño inaccesible del protagonista (Posse).

UNA IMAGEN CRISTALIZADA DE LA POLINESIA EN LOS IMAGINARIOS CONTEMPORÁNEOS

La democratización del turismo a partir de los años setenta coincidió con la generalización del transporte aéreo. En 1968, la aerolínea LAN CHILE inauguró una conexión aérea entre Santiago y Papeete, vía Isla de Pascua, a bordo de un DC6B. Desde entonces, el viaje organizado por la industria turística propuso una “ficcionalización del mundo” y una “conversión de unos en espectadores y de otros en espectáculo” (Augé 15). El viaje en su sentido pleno – el que permite un verdadero encuentro con el Otro – parecía ceder paso a una experiencia mediada y superficial. Los relatos de viajeros chilenos y argentinos

en Polinesia reflejaban esta evolución⁶. Sus estancias breves en las islas, a veces reducidas a un solo día, limitaban cualquier posibilidad de comprensión profunda. Enfocados en actividades turísticas estandarizadas, estos viajeros no hacían sino reproducir clichés y fantasías exóticas: puesta de sol, polinesio trepando cocoteros, comidas pintorescas donde se bebía agua de coco directamente del fruto. El chileno Leonidas Irrarázabal, sorprendido por un cartel de prohibición con la palabra “tabú”, se preguntaba ingenuamente por la presencia de tal término en un lugar donde, según él, los tabúes no existían (Irrarázabal 9). Su mirada estaba condicionada por sus representaciones preconcebidas y no advertía que el uso contemporáneo de esta palabra – de origen polinesio y antaño ligada a lo sagrado – respondía ahora al arraigo local de una lógica de propiedad privada. En cuanto a la figura del habitante, se veía filtrada por el prisma deformante del discurso turístico. La viajera argentina Berta Goligorsky relataba las palabras de una recepcionista que afirmaba que los tahitianos siempre conservaban lo mejor de cada acontecimiento, incluso el más insignificante, mientras que un guía explicaba que vivían al ritmo de la naturaleza. Este fenómeno de autoexotización (Schon), en el cual los polinesios se ajustaban a las expectativas de los visitantes, prolongaba las imágenes proyectadas sobre ellos por los discursos occidentales.

En los años 2000, otro tipo de viajero se diferenciaba del turismo masivo: el navegante en yate. En 2002, el chileno Martín Westcott emprendió un viaje hacia Polinesia a bordo del *Equinoccio II*. Su discurso se inscribía en un exotismo decadente: ante la visión de los *marae*⁷, lamentaba la desaparición de un pasado erosionado por la aculturación francesa. La belleza de Bora Bora le parecía amenazada por el turismo de masas, y la inminente apertura de una pista aérea en Raivavae era vista como una nueva alteración del equilibrio del lugar. Sensible a la naturaleza, multiplicaba las descripciones de paisajes idílicos, de la diversidad de la fauna marina y señalaba los daños al medio ambiente. No obstante, afirmaba haber encontrado su Shangri-La, retomando una figura mítica del paraíso terrenal. Esta declaración señalaba indirectamente una realidad chilena opuesta, marcada por las crisis económicas, las tensiones políticas y la memoria aún viva de la dictadura. El rechazo de sí mismo favorecía una *topofilia* –entendida como una “adhesión a los valores del lugar en el mismo corazón del espacio”– proyectada sobre la Polinesia, mientras que Chile se convertía en objeto de una *topofobia*, un “rechazo del lugar hacia un más allá de la esperanza” (Moura 266). El exotismo polinesio se superponía entonces a un rechazo al mundo globalizado, percibido como portador de una lógica uniformizadora que condiciona tanto las mentes como los modos de vida. Pero esta visión idealizada no siempre resistía la confrontación con la realidad. Westcott omitía los males contemporáneos de la Polinesia –crisis social, obesidad, consumismo– y, como tantos otros viajeros, permanecía prisionero de un imaginario heredado de representaciones internas más poderosas que la experiencia vivida.

⁶ Nos basamos en los relatos del diplomático Leonidas Irrarázabal y de los turistas Joaquín Torres y Berta Goligorsky.

⁷ Lugares ceremoniales al aire libre de las sociedades polinesias, dedicados a los ritos religiosos y comunitarios.

La literatura chilena y argentina de las dos últimas décadas prolonga este imaginario cristalizado, manteniendo vivas figuras y motivos recurrentes. Entre ellos, varios escritores siguen movilizand o imágenes esperadas. En el cuento “Tahití” de Ignacio Xurxo, domina la figura de Gauguin: el protagonista, un empleado del sector financiero, abandona a su esposa e hijos para rehacer su vida en Tahití bajo el nombre de Pablo Gau, mientras su amante se convierte en “madame Gau”. La novela *Kanaka* (2004) de Juan Bautista Duizeide se inspira en el mito del caníbal marquesano, popularizado por Melville en *Typee*. El autor imagina que Melville tuvo un hijo con Fayaway, la joven marquesana de su relato, y que ese hijo, ya adulto, es el protagonista de la novela. Más allá de las descripciones extravagantes de la cultura marquesana, la evocación del canibalismo cae en un exotismo desbordado: mujeres lúbricas y crueles aparecen asociadas a una práctica de transgresión extrema.

Fuera de estos dos casos, la Polinesia aparece solo de forma fugaz: en un título – *En Tahití* de Gabriel Sarre (2005), *Codicia de piélagos (deserción en Nuku Hiva)* de David Alberto Fuks (2008)– o como origen de un personaje, en el cuento “Recuerdo de Tahití” del volumen homónimo de Norberto Volante (1993). Pero nunca el mundo polinesio, siempre inaccesible para los escritores, es realmente descrito. Este hecho revela una persistente dependencia de los modelos occidentales, que perpetúan indefinidamente las mismas representaciones de la Polinesia.

CONCLUSION

El imaginario polinesio desarrollado en Chile y Argentina revela una tensión constante entre la realidad contemporánea de las islas y la persistencia de una fantasía exótica heredada de los modelos coloniales. En los relatos de viajeros, en el imaginario turístico y en las ficciones literarias, la Polinesia sigue pensándose como un espacio de refugio, un mundo preservado frente a las crisis y al desorden del continente sudamericano. Un testimonio relativamente reciente lo expresa con mayor claridad que nunca: “Aquí, con una cerveza fría en la mano y los pies en el agua transparente, ya no importan los bancos centrales y sus ajustes, la tasa de desempleo, el riesgo país, los subtes que no llegan a horario o los pronósticos del tiempo. Nada, excepto lo que se ve” (“Polinesia, escenas de otro mundo”, 15 jul. 2012).

Esta mirada orientada hacia un “más allá” edénico tiende a borrar las realidades sociales y políticas del territorio polinesio, para privilegiar únicamente la experiencia sensible y serena de un mundo idealizado. Así, la Polinesia sigue funcionando como una pantalla sobre la cual se proyecta un deseo de evasión, e incluso un rechazo del yo. Contemplada desde la orilla turística o reconstruida por la ficción, continúa siendo menos comprendida en sí misma que movilizad a como contramodelo: un espejo invertido donde se reflejan las inquietudes identitarias y las desilusiones políticas de América del Sur. En este sentido, la Polinesia no remite únicamente a una alteridad geográfica, sino que aparece como un espacio a través del cual las sociedades hispanoamericanas elaboran también ciertas imágenes

de sí mismas. El estudio de estas representaciones invita así a integrar el Pacífico en las circulaciones culturales de América del Sur y a considerar con mayor atención el lugar que ocupan estos imaginarios en las dinámicas globales del exotismo.

OBRAS CITADAS

- Augé, Marc. 1997. *L'impossible voyage : le tourisme et ses images*, Payot & Rivages.
- Bunster, Enrique. 1956. *La Orana Tahiti: notas de un viaje al Pacífico*, Zig-Zag.
- Chesneaux, Jean. 1999. *L'art du voyage : un regard (plutôt) politique sur l'autre et l'ailleurs*, Bayard.
- Doursther, Juan Francisco. 1982. *Aventuras y desventuras de un mercader de perlas de Valparaíso: diario*, Editorial Universitaria.
- "El baile de la Magicienne", *El Ferrocarril*, 15 mar. 1878.
- Goligorsky, Berta. 1979. *Vagabundeando por Polinesia, Oceanía y Asia tropical*, Ediciones Crisol.
- Guthmann, Natacha. 2009. *Fredi Guthmann*, Letemendia.
- Irrarázabal, Leonidas. mayo-junio 1974. "Rumbo a Fiji via Tahiti", *Diplomacia*, 2: 8-12.
- Lafontaine, Paul-Émile. 2006. *Campagne des mers du Sud faite par le Seignelay de 1875 à 1879*, Mercure de France, Paris.
- Martija, Mikel. 2010. *Corbeta de guerra Esmeralda 1855-1879: arquitectura e historia de la nave*.
- Moura, Jean-Marc. 1998. *La littérature des lointains : histoire de l'exotisme européen au XX^{ème} siècle*, Honoré Champion.
- "Ocios de otras veces", *La Prensa*, 1 jul. 1923.
- Otta, Francisco. 9 oct 1959. "Tahiti, Eden de extravagantes", *Zig-Zag*, 2844: 7-9.
- Poblete Varas, Hernán. 1956. *Misión en el Pacífico*, Editorial del Pacífico.
- "Polinesia, escenas de otro mundo", *Clarín*, 15 jul. 2012.
- Posse, Ricardo. 1962. "Tahiti estaba lejos". En *Cuentos argentinos*, editado por Domingo Lagh, Ediciones Paulinas. 44-56.
- Pulido Llano, Gabriela. 2016. *El mapa "rojo" del pecado: miedo y vida nocturna en la ciudad de México, 1940-1950*, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rosarios, Ottocar. 1961. *Tusitala. Seducción de las islas del Pacífico*. Compañía General Fabril.
- Salgado Flores, Jorge. 1971. *La ruta del Salgari*, Impreso en los talleres de Editorial Universitaria.
- Schon, Nathalie. 2003. *L'auto-exotisme dans les littératures des Antilles françaises*, Karthala.
- Segalen, Victor. 1978. *Essai sur l'exotisme*, Fata Morgana.
- Todorov, Tzvetan. 1991. *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo Veintiuno.

Torres, Joaquín. 1977. *Viaje por las islas del Pacífico y del Caribe: con un apéndice de otros viajes a los Canales Fueguinos y a la Antártida*, J. Torres.

“Viaje de la *Pilcomayo*”, *La Patria*, 30 jun. 1887.

Xurxo, Ignacio. 2000. *Tahiti y otros cuentos*, Ediciones Atril.